

EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACION QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

«Este precepto es hoy: que os améis los unos a los otros como yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

BROMA MERECIDA

No es culpa nuestra si tenemos que mortificar á nuestros estimados lectores hablándoles de una cosa repugnante y asquerosa, que por ser tal á la vez que altamente inmoral y degradante, debiera no hablarse entre gentes cristianas y cultas. Pero es gran desgracia que se oiga entre nosotros la blasfemia, ese lenguaje satánico y soez al propio tiempo, á cuya extirpación debemos todos contribuir con todas nuestras fuerzas. ¡Cuántas veces nuestros lectores habrán oído con indignación y repugnancia en su estómago, esas palabras brutales y sucias, proferidas públicamente, con desvergüenza y hasta con jactancia! No llevarán, pues á mal cuantos nos lean, que les hablemos de la broma y reprimenda que unos católicos y personas de educación suñeron dar á un desvergonzado y descortés blasfemo; si bien tendremos que llevar á su memoria palabras sucias, que... ¡ya tantas veces habrán oído!

¡Ojalá que la religiosidad y cordura de ciertas gentes les hicieran contentar su brutal lenguaje en cuanto les fuera advertido que la blasfemia es un horrendo pecado y ofensa hecha directamente á la Divinidad. Pero hay quienes no se avergonzarán de ser tenidos por ateos, y se ruborizarán si se les llama indecentes ó descorteses. Para éstos el remedio de la blasfemia debe traerse de la asquerosidad de las palabras.

Como lo hicieron unos jóvenes católicos, finos y cultos en sus modales, pero maleantes como estudiantes, y capaces de dar un bromazo de primera calidad á cualquier calavera tonto que á Dios ó á ellos se atreviera á faltar.

Hallábanse en un coche de ferrocarril de... donde también viajaba un desventurado que ó por su costumbre, ó por gala ó por parecer que dejaba de vivir á los demás de merced, dejése escapar una frase asquerosa, que no repetimos, aunque bien ocurrirá á vuestra memoria por ser degraiciadamente muy común entre los blasfemos. Calláronse nuestros amigos la primera y segunda vez; mas observando que el descortés continuaba, y que atusando su feo bigote y estirando su desgreñada barba parecía decir á los circunstantes: «¿A mi quién me tose?» guiñaron el

ojo los jóvenes, dando á entender que se había concluido el sufrimiento y era llegada la hora de empezar el ataque para contener á aquel blasfemo y perdonavidas. Si; que eran cobardes mis jovencitos, y que así hubieran mantenido á Sancho Panza como á cualquier apuesto caballero andante, aunque fuese melenudo y mal hablado.

—Chicos, dice uno; aquí huele mal ¿no advertís?

—¿Si, pero afortunadamente llevo un pomito de Colonia.

—Bueno sería perfumar este recinto.

Y otro abriendo la ventanilla, decía al conductor, con voz chillona: «Conductor, guarda-freno, detengan Vds. el tren, que aquí hay un señor que tiene una gran necesidad, que dice que... que... ¿Lleva este tren un retrete?».

Y todos principiaron á reír y á gritar:

«¡Uff! ¡qué olor! ¡que abran las ventanillas! ¡un ventilador! ¡que nos asfixiamos! Los gritos y las risas habían llamado la atención de los viajeros hacia aquella parte; y el blasfemo soez, á quien nadie había nombrado, pero que enseguida se dió por aludido, encendido en cólera y vergüenza, se levantó, y repitiendo blasfemia asquerosa, añade: «Esto he dicho; ¿va por mí cuanto Vds. dicen?»

Sin inmutarse los jóvenes, se vuelven á él con seriedad y mayor broma:

—¿Era V. el que tenía esa necesidad? ¿Padece V. diarrea?

—¿Quiere V. salir al retrete?

—¿Lleva V. servilleta?

—¡Conductor, que pare el tren, que hay un viajero con gran necesidad!...

Las redobladas risas y bromas, dirigidas ya al viajero de las barbas, de los bigotes y de las blasfemias, el cual se había dilatado á sí mismo, produjeron en todo el coche una carcajada general, de la cual era víctima el perdonavidas, de cuya humillación todos se alegraban por lo repugnante que les era su gesto de matón y sus palabras de condenado.

Viendo el asunto perdido porque sus burladores eran más en número jóvenes simpáticos y alegres, y habían logrado interesar en su favor á todos los viajeros, haciendo risible y digna de escarnio la palabra de la blasfemia, y tratando al blasfemo

de sucio y mal hablado quiso echarla por la tremenda y salir de aquella situación tan desairada, dándose aires de valiente. Pero tampoco este plan le salió bien. Tenía mala causa.

—¿Quiénes son Vds. para burlarse de mí? ¿Quién me quita á mi el derecho de hablar como yo quiero?

—¿Quién? contestaron; cualquiera que tenga buena educación ¡seor descortés! ¿Dónde ha aprendido V. que en una reunión de personas decentes se puede cualquiera permitir palabras groseras? Aprenda V. trato de gentes; y si no váyase V. á las selvas. La buena educación prohíbe emplear términos indecorosos y soeces que puedan ofender á los presentes. ¿Cree usted tener derecho á estar llenándonos de estiércol, y nosotros obligación de sufrir sus animaladas? Ya sabe V. quienes somos: unas personas decentes, que tenemos derecho á la consideración de V., y que podemos darle algunas reglas de urbanidad que le hacen falta.

—¡Bien por los estudiantes! gritaron los viajeros.

Amostazóse el héroe de la fiesta, acurrucóse en un rincón, y ya no sintió dolor de barriga en todo el viaje. La broma hizo en su estómago el efecto de la carne de membrillo.

Alegres los viajeros, se proveyeron de agua de colonia, servilletas y demás pullas, para cuando se hallaren en ocasión de emplearlas en favor de los blasfemos insolentes, soeces y perdonavidas.

X.

PÉREZ GALDÓS ¿PIADOSO?

Leemos en un periódico de Cartagena: «Para ejemplo y enmienda de muchos desaprensivos, nos es grato hacer público que el tan conocido y tristemente celebrado D. Benito, ansioso de admirar y adorar la Venerable Faz, procuró y obtuvo tan piadoso objeto. Acompañado de otros amigos fué muy satisfactorio contemplar al novelista rodilla en tierra y besando respetuosamente el Santo Rostro de tanto cariño y devoción para nuestra tierra».

Pronto se alegra el apreciable colega ¿No será éste un caso más de hipocresía, de burla cruel á los católicos? Si Pérez Galdós cree firmemente á qué esos escritos suyos rabiosamente antirreligiosos? Si no tiene fe ¿por qué ese acto de reverente adoración á la venerable Faz?

No sabemos que después de esto último Pérez Galdós se haya retractado de sus errores y por lo mismo más nos inclinamos á tomarle como un hipócrita, que como un arrepentido.

¡Ojalá entrase en sí, viese los males que ocasiona con su pluma y el acto que acaba de ejecutar fuese el principio de su conversión!

LEY DE ABSTINENCIA

Embarcóse una vez un buen cristiano á bordo de un vapor americano, en el que iban también tres viajeros en moral y en creencias más ligeras. Sentáronse á la mesa, y vió nuestro buen hombre con sorpresa que, á pesar de llamarse á boca llena los tales caballeros católicos sinceros, «beato» á nuestro amigo apellidaron, «beato», como suena, al punto que observaron que en lugar de jamón y longaniza, por ser día llamado de Ceniza, manjares de abstinencia se atreviese á comer en su presencia. El, no obstante, callaba como un mudo; mas tanto le insultaron, que no pudo en silencio sufrir, y á un can travieso que andaba en derredor, arrojó un hueso. El perro lo devora, y nuestro amigo dijo estas cosas, que también yo digo, mirando tales yerros: La Iglesia no da leyes á los perros.

(P. Salvador Calvo)

AL PUEBLO

III.

Más hipócritas

Dábamnos fin á nuestra anterior conversación recordando la gran inconveniencia de esos anticlericales rabiosos que llevan sus hijos á educarse con los Frailes por ser estos los más capaces y virtuosos, tanto que para tus hijos fundan escuelas laicas donde la enseñanza SIN DIOS les haga entrar en las luchas de esta vida completamente desarmados y con el infierno en sus corazones.

Aquí en Gijón, cuando el implantamiento de aquella escuela laica, en Begoña, pudiste comprobar estas inconsecuencias, pues algunos de sus fundadores y sostenedores tenían sus hijos en las «Hermanas del Santo Angel» y en otros colegios del mismo género.

Apuatado este recuerdo, muy necesario al caso, sigamos estudiando la conducta particular, en cuanto guarda relación con la pública, para que se vea el grado de sinceridad de quienes se pregonan tus maestros, tus regeneradores, tus amigos, pero que no son sino unos solemnísimos farsantes.

Blasco y Soriano

«Ladrones, chanchulleros, asesinos, cobardes, falsificadores, deshonor del pueblo, hambrientos...» etc., etc.

Esto y mucho más se han llamado, en sus respectivos periódicos «El Pueblo» y «El Radical» este par de... republicanos.

Y no es lo peor que se lo llamen, sino que se lo demuestran con datos claros y precisos.

Allí donde tienen sus feudos esta clase de regeneradores del pueblo ¿crees que la paz y la prosperidad reinan?

¿Puede darse hoy provincia más intranquila, de más escándalos que Valencia?

Otro que te entusiasma, que aplaudes con frenesí cuando vas al teatro á instruirte: Dicenta, el famoso Joaquín Dicenta, escritor de un sentimentalismo dulzón, decidido campeón de tu causa, que para remediar tus necesidades... las lleva al teatro á servir de distracción y á buscar el *modus vivendi* con ellas. ¡Cuántas veces habrás aplaudido las escenas de su tristemente célebre drama «Juan José» Pues este Dicenta es uno de tantos de vida alegre y desordenada, que cuida más de sus juergas, de su bienestar que de tus miserias, de las que apenas se acuerda sino es, como te dije antes, para convertirlas en materia de explotación.

Oye un caso que copio de una Revista con motivos para ser creída:

«Aún recordamos con indignación aquel semanario «Germinal» de que era propietario este Dicenta y cuyo redactor único el desdichado Delorme, fué recogido en la calle muerto de hambre y pereció en un hospital, porque Dicenta que ahora tiene miles de duros, según nuestras noticias no le pagaba. Y para colmo de audacia, lamentando la muerte de Delorme, aún se atrevió á escribir Dicenta horribles maldiciones contra la sociedad burguesa que deja morir de hambre á los intelectuales.»

Estoy viendo que sería interminable si fuese aquí á desenmascarar uno por uno todos esos personajes políticos, escritores, autores dramáticos, oradores, etc., etc. como desde la bien servida mesa de un restaurant, desde el confortable despacho de acomodado burgués, desde la tribuna de los mitines se duelen de las injusticias de la organización social presente, recomendándose como amigos tuyos, como salvadores tuyos, hablándote en cristiano algunas veces para seducirte, para mejor hacer su negocio, pero que carecen de criterio fijo, de ideas morales á que sujetar su conducta.

Nadie ha visto jamás á esos redentores del obrero en ninguno de aquellos lugares donde se trabaja por el bien de los pobres; pero son muy conocidos en cafés, teatros, cervecerías, restaurants, plazas de toros y otros lugares de diversión. Ellos que tanto hablan de instrucción y de progreso, nada hacen por educar á la clase obrera, creando escuelas donde los desheredados de la fortuna puedan cultivar su espíritu y suavizar las asperezas de una voluntad mal dirigida.

No hemos sabido, dice á este propósito el semanario socialista «El Obrero» de Pamplona, no hemos sabido que parte de las muchas horas desocupadas que tienen nuestros amigos, nuestros protectores, las pasen en el Centro de Obreros de Pamplona, ó en las Escuelas de San Vicente, ó en la Cárcel, ilustrando á los reclusos. Es muy cómodo excitar á que ilustren, y den buen jornal á los obreros. Los frailes trinitarios y los mercenarios se quedaban cautivos por redimir esclavos y aquí en Pamplona, los clericales erigen manicomios, hospitales y conventos, dando de comer al obrero y fundan escuelas y van á la cárcel para enseñar á leer, escribir, doctrina, gramática y aritmética á los hijos de los obreros para quienes los socialistas de Pamplona, como única institución han fundado una teberna».

«Mal puede el árbol dañado dar buenos frutos».

«Mal puede regenerar quien no empieza por regenerarse á sí propio».

Pueblo amigo, piensa, medita bien todas estas cosas que son para tí de un interés capital.

Perfecto Amigo.

CHARLA

—¡Recórcoba! pero qué ganas tenía de echarle á V. la vista encima para hacerle unas cuantas preguntas.

—Estoy á tu disposición.

—¿Se ha enterado V de lo que «El Huracán» viene hablando contra los jesuitas?

—Sí, hombre, sí, mas los que por nuestras aficiones periodísticas vivimos puede decirse entre letras de imprenta, y sabemos lo que pasa en las redacciones de los periódicos, estamos en el secreto de tales campañas, que no á otra cosa obedecen sino al daño que las prohibiciones eclesiásticas están haciendo en la vida económica de estos papeles clerófobos y difamadores. ¿Me entiendes?

—Sí, señor, sí, que les disminuyen las perras y están que arden; bien está que los buenos se vayan desengañando.

—¡Ha sido necesario que los sacerdotes diesen la voz de alerta á los fieles; ha sido preciso que los pastores de la grey católica denunciassen la proximidad del lobo!

—Pero á mí lo qué más me confunde es que copian de la historia eso de la expulsión de los jesuitas por malos ¿será verdad?

—Que los expulsaron es cierto. Por malos es absolutamente falso.

Escritores sectarios y parciales ha habido que amontonaron contra la Inclita Compañía de Jesús todas las enormidades que les dió la gana, y de ellos copian cuantos en su maldad aborrecen á los religiosos, pero yo te pudiera citar aquí si no fuera que había de cansarte, escritos de Rousseau, Lamartine, Diderot, Voltaire, Talleyrand, Müller, y otros muchos conocidos por su sectarismo, pero al menos imparciales en ocasiones, que dejarían confundidos á esos pervertidores del pueblo, á esos que abusan de su ignorancia. «Los talentos más grandes y los corazones más nobles se han mostrado en todo tiempo favorables á los Jesuitas, solo las almas viles les han atacado siempre con encarnizamiento» ha dicho Kern, el profesor de Gotinga; no te cito ningún clerical.

—De estas cosas, ahora que son de actualidad debiera hablar en «El Amigo del Pobre» pa desengaño de los obreros de buena fé.

—¡De tantas cosas hay que hablar y tan necesarias!... pero qué quieres, un papel tan pequeñito y luego quincenal!...

—¡Rediez, hágalo que salga todos los domingos.

—Ese sería mi deseo, pero falta lo principal, lo que á tí te falta para llevar vida mas descansada.

—No prosiga; ahí lloramos todos. Si no fuera por el dinero no andaría yo como ando más de cuatro veces á la quinta pregunta. ¿Y tendría V. inconveniente en contarme algo de eso de la expulsación de los Jesuitas y

otras cositas que sepa pa espetárselas yo á mis compañeros de taller cuando despotriquen?

—Está fuera de toda duda que Wall y el Duque de Alba, dirigieron todas las infames y ocultas tramas que tenían por objeto preparar la expulsión de los jesuitas, de acuerdo con el protestantismo inglés y la francmasonería europea. Ellos fueron los que falsificaron correspondencias, documentos, etc., etc.

—Y me dirán mis amigos: eso inventaslo tú para encubrir á los jesuitas.

—Y tú los responderás, si te acuerdas, con las mismas declaraciones de los mismos culpables. El Duque de Alba manifestó por escrito al Obispo de Salamanca, entre otras cosas que «él fué por odio inveterado á la Compañía quien inició la primera sedición popular que precedió á la expulsión; que él fué el principal autor del libelo escrito contra el rey... que él, con sus ayudantes, calumniando atrocemente á los P. P. de la Compañía, habia inventado todo aquello para incitar al rey á que les desterrase de su reino». Esto mismo viene también á confirmarlo el protestante Coxe. Y ahí te va otro argumento aplastante: La confesión del marqués de Pombal diciéndolo: Declaro, en el asunto de los Jesuitas, que siempre les he tenido por hombres sabios, buenos y útiles para el reino y cuanto con ellos he hecho, ha sido por orden de los ministros de España y Francia y por instigaciones de PP. NN. quienes escribieron la carta sobre la ilegitimidad del rey de España atribuyéndola al General de la Compañía y fingiendo su letra. Se pagaron por la destrucción de los Jesuitas treinta millones los cuales se mandaron á N. cuyos documentos se encontrarán en mi archivo en el número 13».

—Lo que acabo de oírle es un par de banderillas de fuego. Descubierta por los mismos autores la trama del *complot*, cae á tierra todo el negocio... ¡Ah!, pero van á decirme los amigos cuando les largue ese discurso, que el Papa no se cuantos consintió en la expulsión, y aquí me achantan.

—Consintió en la expulsión, pero no por propia voluntad: oye á los Papas Clemente XIII. y XIV. «Inocente es por completo (lo juramos delante de Dios y de los hombres) inocente es el cuerpo, el instituto y el espíritu de la Compañía; y no solo inocente sino piadoso, útil y santo en su objeto, en sus leyes y en sus máximas».

—Basta, basta, porque si continúa con tantas y tales pruebas en favor de los jesuitas no voy á saber cómo desenredar el lío. Eso último que acaba de decirme es la puntilla á los enemigos de los Padres. Ya quisieran esas almas vilés valer la mitad de lo que vale un jesuita.

—Para concluir voy á leerte un párrafo del admirable libro que te re-

comiendo, titulado ¡Jesuitas! de Paul Feval, un novelista francés muy afamado, y que, registrando archivos, leyendo autores de distintas tendencias y opiniones, examinando afirmaciones y resultados para escribir una obra contra los jesuitas, pagada á buen precio, acabó por conocer la verdad y convertirse «¡Jesuitas! ¡Asesinos que nunca asesináis y siempre sois asesinados! Soberbios que besáis la tierra; ambiciosos, que hacéis voto de no admitir ni puestos ni honores; calumniadores, que arrostráis la calumnia; que la apuráis sin desmentirla, y que devolvéis el beneficio por la injuria; yo no os acabo de entender, por que es preciso ser un santo para penetrar en el fondo de vuestras conciencias, pero os entiendo lo bastante para admiraros con pasión y para experimentar un entusiasmo en pregonarlo tan alto como puede resonar mi voz».

—Esto es hermoso, ha de copiarlo para guardarlo, pero y digo yo; ¿Cómo consentirán á esos papeluchos decir tantos disparates y calumnias contra los curas y los frailes y contra todo lo más sagrado.

—Ya te lo dice el cantar:

Es que con la libertad
que se disfruta en el día
se puede insultar á Dios,
pero no á... la policía.

—¡Maldita libertad, cuántos males causa, sobre todo entre nosotros los obreros.

HABLA COMBES

Ya sabeis, obreros, que Combes es aquel que fué presidente del Consejo de Ministros francés, furioso anticlerical, y atropellador de los derechos de la Iglesia... en provecho propio. (1)

Aquí en España tenemos ya algunos políticos que buscan cubrir su ineptitud con la imitación de las malas artes de Combes.

Oigamos, pues algo de lo que acaba de decir Combes y aprendan muchos:

«Briand y Clemenceau han dado un mal paso persiguiendo á la Iglesia.

«Si conocieran la Historia sabrían que la Iglesia, cuanto más perseguida ha sido, más se ha desarrollado, porque la persecución une á los hombres, aumenta su fervor y rodea de aureola á las víctimas.

«La persecución hizo que los cristianos fuesen lo único que tenía valor, fé y unión en la decadencia romana, y por eso la Iglesia fué lo único grande, cuando todo se empequeñecía en el mundo.

«En Inglaterra tenemos un ejemplo, pues nunca fué mas grande la pujanza de la Iglesia en Irlanda que cuando fué perseguida. Y Alemania sabe también que la persecución hizo más católicos que la tolerancia.

«Clemenceau y Briand sólo han conseguido unir á todos los obispos y á todos los católicos de Francia, que estaban bastante divididos. Antes habia republicanos, nacionalistas, socialistas, legitimistas, bonapartistas y hasta radicales católicos. Hoy en cambio, se han unido todos ante el comun enemigo y á un bloque que se quebranta, opondrán otro bloque que se une.

«Antes podíamos vencerlos por su división; hoy nos arrollarán con su disciplina.

«No hay más que una fórmula justa Libertad. Y dentro de la libertad, la ley común; igual para todos, sin privilegios, y, por lo tanto, sin persecuciones.

«Yo soy lo que siempre he sido. Republicano radical en política y librepensador en religión. Pero por encima de todo eso, soy sólo una cosa: liberal.

«En nombre de la libertad he condenado la política de persecución religiosa, dando la razón al Papa en este momento histórico, y demostrando que su intransigencia dogmática es lógica, justa, racional, humana, y ajustada en todo al criterio jerárquico que dogmáticamente estableció la Iglesia en Trento y luego en el Vaticano».

Volvemos á repetir que aprendan los anticlericales de por acá, en especial nuestros *petits* Combes, con lo que acaba de decir su colega francés.

Y los obreros que sirven de comparsa á estas infames campañas dense por avisados, cuiden mejor de sus intereses.

(1) Véase nuestro número anterior.

LA CARA TAPADA

(El día de Carnaval)

Milton, al quedarse ciego, exhalaba esta dolorosa exclamación: ¡Dios mío, ya no volveré á ver el divino rostro del hombre!

Divino... No sabemos en qué sentido lo diría aquel gran poeta. Hermoso, lo es cuando en él se reflejan como en espejo verdadero ideas, afectos y deseos nobles. Es el rostro el espejo del alma, y de las imágenes que refleje le viene la hermosura ó la fealdad.

Se tapan la cara los que temen que por ella se asomen sus pensamientos feos.

En el curso del año obtuvo Fulano un triunfo. ¡Qué envidia despertó! Le hubieran arrancado injustamente la corona del vencedor; pero, quizá no lo hicieran, porque hubiera aparecido pintada en el rostro la envidia. Aguardan la ocasión. Hoy es el día; hoy se tapan la cara, y allá van denuestos ó injurias. Hoy es el día de los envidiosos.

A Zutano, por haber tocado los límites de lo que el decoro consiente, le soltó Zutana una bofetada de cuello vuelto. ¡Válgame Dios, cómo está aquel hombre para sus adentros! No lo dice, se lo calla, porque en decirlo iría envuelta la pérdida de su fama de afortunado galanteador. Hoy es también el día de ese. Apartaos que mancha. La calle, el teatro, la reunión han quedado llenos de sus torpezas y calumnias. Para eso se ha tapado la cara. El rubor, si la llevase descubierta, delataría la infamia que lleva oculta en el corazón. Hoy es su día. Mañana, satisfecha su venganza, volverá á contarse entre los hombres honrados, entre los caballeros. Y cuidado con que nadie le niegue un lugar entre éstos.

Y ¿aquella mujer vestida de hombre? Desgraciada. ¡No halló quien la dijese ahí te pudras, mientras que otras se casaron! Contra estas prepara hoy sus dardos, pero á cara tapada.

Busca el lugar más público, y allí es feliz por un momento desahogando la rabia de verse con justicia menospreciada por unos, pospuesta por otros y olvidada por los más. Es también el día de esta pobre niña. Si ella lograra que se rompieran unas relaciones, que se indispusiera un matrimonio ¡qué gusto! Lo que inventa para lograrlo es horrible, diabólico. La conciencia echa a la cara olas de rubor; pero ella dice: me tapo la cara, venga el antifaz, y nadie podrá ver las malas pasiones que me devoran. ¡Viva la careta!

Y así otros. La cara es el espejo del alma, y se la tapan los que tienen un alma muy fea.

(Del Diario de la Rioja).

EL BAILE DE PIÑATA

Con lucida careta de raso, abundante y suelta melena, flamantes zapatos de charol, hermoso traje de seda azul y la indispensable bolsita de terciopelo negro, había logrado Carlostransformarse en un modelo de Pierrot.

Contento de sí mismo y orgulloso de su disfraz, penetró en el teatro; reuniéndose a sus aristócratas y elegantes amigos y acompañados cada uno de su correspondiente pareja, se confundieron en aquella oleada inmensa de clowns, chulos y charras que invadían todo el salón, repleto de seres desgraciados, niños engolfados en el vicio, jóvenes degradados, ancianos repugnantes, hombres blasfemos y mujeres harapientas, pues parecía que allí se había agrupado la deshonra, la ignorancia, la perversidad y el vicio.

La pareja de Carlos, morena, de grandes ojos negros, alta, esbelta, de movimientos gallardos y ligeros y ademanes libres y desenvueltos, iba disfrazada de Hermana de la Caridad, y cogidos los dos del brazo, recorrían todo el Teatro saludando a unos con piropos y frases mal sonantes, arrojando serpentinas, librándose de los confettis, ofreciendo fiambres, libando, bailando y danzando, de un lado para otro, ligeros y nerviosos como queriendo aprovechar todos los instantes de aquellas horas infernales...

Por fin, al amanecer, la misteriosa cinta, nerviosamente movida por la mano de Carlos, lanzó del fondo de la piñata una lluvia de pájaros, cachibaches, juguetes y caprichos llenos de dulces y golosinas, corriendo al reparto del botín con ligereza todos los concurrentes... Carlos logró apoderarse de un capricho muy original; era una calavera muy bien imitada que, al oprimirla, lanzaba por la cavidad de sus ojos confettis y caramelos.

Ya era de día cuando abandonaron el teatro para ir a un tugurio, donde estaba preparado el festín; como final de fiesta.

Carlos respiró con más libertad; al verse en la calle sentía ese fuego penetrante y abrasador del ebrio, que aniquila las fuerzas; no tenía la cabeza muy segura, y la calenturienta mirada de sus ojos indicaba bien claro el lastimoso estado de embriaguez en que se encontraba, igual que todos sus compañeros: ellas con las greñas vueltas, desarreglado el disfraz, los ojos desencajados, los músculos del rostro contraídos, unas sumidas en estúpida inercia; otras con nerviosa movilidad; confundidos ellos y ellas en indecorosa postura

apurando maquinalmente copas de Champagne y botellas de Jerez, y roncándose sus labios de continuo con groseras frases que salían de la boca de ellas con perfume de rosas ajadas y jazmines marchitos.

Carlos, en medio del delirio de su estado, sentía latir el pulso con más viva violencia y agitarse el corazón más de prisa sentía que le ahogaba el calor del rostro que le faltaba el aire para respirar, que avanzaba la agonía rápidamente, que se le iba la vida por instantes y venía la muerte por momentos.

—¡Que me muero!—baluceaban sus labios con voz ronca y apagada, con acento de marcada desesperación, con un quejido que brotaba del fondo de su alma... y todos sus compañeros, adormecidos por los vapores de la embriaguez, miraban con indiferencia al pobre Carlos mientras la Hermana de la Caridad, balanceándose y murmurando frases entrecortadas, le aproximaba a sus labios una copa diciéndole "Bebe, a ver si te animas". Y el desgraciado, en medio de las convulsiones de la muerte, con la desesperación más tremenda y la angustia más terrible, cerraba sus ojos para no ver aquel cuadro compuesto de harapos, degradación y escándalo y rebuscando en lo íntimo de su ser alguna oración que su memoria se negaba a recordar...

Quería gritar, y su voz se ahogaba en su garganta; y después de espantosos instantes y de berraseosa lucha entre la vida y la muerte, cedió por fin aquella naturaleza con un suspiro largo, como canto de muerte; y después, ni salieron más frases de sus labios ni sus ojos irradiaron más miradas... produciendo un aspecto repugnante aquel cadáver, amortajado con el disfraz de «Pierrot», sujetando entre sus manos la calavera de goma y la bolsa de terciopelo, teniendo a sus pies, acurrucada aquella infeliz idiota que profanaba el santo hábito de las hijas de San Vicente de Paul.

Ella era la única que como escarnio de la religión, había tenido a su lado el miserable al pasar de esta a la otra vida, sin más preparación que una noche de orgía en el tiempo que la Iglesia destina a la penitencia y al arrepentimiento

Pedro M. Serrano

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Por si acaso. —Terminando el año de 1906, llegó en su furor sectario «El Liberal» de Madrid ha decir que el Mesias no había venido todavía y que por lo tanto el Catolicismo era una farsa.

Al poco tiempo de estampar en sus columnas esta blasfemia caía enfermo el redactor jefe de dicho impío diario, y cuando le anunciaron la gravedad de su mal, lo primero que hizo fué pedir los Santos Sacramentos.

Por si acaso el Mesias ha venido y la Iglesia Católica es una verdad fuera de la cual no hay salvación.

¡Pero qué pronto se caen estos infelices que hablan por... hablar!

Venganza católica. —Leemos en un periódico de Barcelona:

La comisión organizadora del mitin católico de las Arenas ha visitado y continúa visitando a los heridos como consecuencia de los atropellos cometidos el último domingo a la salida del mismo.

Han sido visitados y socorridos con diferentes cantidades, no solo los pocos ca-

tólicos que resultaron heridos sino también los antiletrados, alguno de los cuales ha significado a sus visitantes la sorpresa con que veía el maternal cuidado de las Hermanas.

BIBLIOGRAFIA

El Consejo Nacional de las Corporaciones Católicas Obreras ha tenido la atención que le agradecemos de remitirnos los siguientes folletos de propaganda:

1.º Carta Pastoral del Excmo. e Ilustrísimo Sr. Obispo de Madrid-Alcalá acerca de los institutos religiosos.

2.º Las Ordenes religiosas y el Proyecto de Ley de Asociaciones.—Discursos del Sr. Marqués de Zahara y de D. Carlos Martín Alvarez.

3.º La Ley de Asociaciones.

Memoria.—Orfeón Asturiano.—Gijón 1905-1906.

La simpática y varias veces laureada agrupación gijonesa «Orfeón Asturiano» nos ha distinguido con el envío de la Memoria que acaba de publicar, elegantemente editada en los acreditados talleres de esta localidad «Artes Gráficas».

Por dicha Memoria se viene en conocimiento del estado próspero del Orfeón y de la valiosa cooperación que le prestan importantes personalidades de la provincia y de fuera de ella.

Reciban nuestra humilde felicitación tanto su competentísimo director D. Julio Fernandez como las demás distinguidas personas de la Directiva que con excelente acierto han sabido colocar a envidiable altura esta masa coral digna de la protección de los buenos.

ADVERTENCIA.

Algunos señores suscriptores nos piden, en su celo por la propagación de las buenas lecturas, que los números que les corresponden los distribuyamos entre otras tantas personas cuyos pueblo y domicilio nos indican.

Nosotros secundaríamos gustosos estos buenos deseos, pero es el caso que ello traería grandes complicaciones y gastos no compensados a nuestra administración.

Suscriptor hay de 25 números que nos pide 25 fajas para otros tantos individuos.

Fijense mejor en la nota que va al final, y dispénsenos que así no podamos complacerles.

«El Amigo del Pobre»

Precios de suscripción

200 números al mes ó sean 100 cada quincena	5 pts. al mes.
120 núms. (60 por quincena)	3 » al »
80 » (40 » »)	2 » al »
40 » (20 » »)	1 » al »
20 » (10 » »)	0'50 al »

Incluidos gastos de correos, sin certificar.

Repartíendose esta publicación gratuitamente, por cárceles, hospitales, escuelas de adultos y otros sitios públicos, advertimos a los señores suscriptores, que si no quieren más que un número dejándonos los demás que les corresponden, para los fines expresados, serán religiosamente cumplidos sus deseos por nuestra parte; contando como contamos con activos corresponsales.